

PAPEL ENVUELVE ROCA

**SEMBLANZA EN CLAROSCURO DE
JUAN LUIS CEBRIÁN**

...

RAFAEL FRAGUAS DE PABLO



entelequia nº 4

ISBN: 978-84-121232-1-0
Depósito Legal: M-12127-2020
Materia IBIC: HBTB - JFC - BGB

© 2020 Dado Ediciones
© 2020 Rafael Fraguas de Pablo

Título: *Papel envuelve roca. Semblanza en claroscuro de Juan Luis Cebrián*
Autor: Rafael Fraguas de Pablo

Colección: entelequia nº 4
Primera edición: diciembre 2020
Maquetación: Dado Ediciones
Diseño de cubierta: Pablo Garayzar

Tipografía: Lovelo de Hans Rezler, Linux^{Iber}_{Time} y Sans Pro

DADO Ediciones
C/ Suecia, 100, 2
28022 Madrid
dadoediciones@gmail.com | @DadoEdiciones
Producción gráfica: Gráficas de Diego

ÍNDICE

Proemio.....	7
Cuatro décadas y media de <i>El País</i>	13
Prólogo	27
I. Semblanza	31
II. El hombre	43
III. El profesional	71
IV. Las ideas	91
V. De política	117
VI. Proyectos y resistencias	133
VII. El diario	163
VIII. El desafío	209
IX. La escisión	249
X. Colofón	271
XI. Epílogo	291
XII. Bibliografía	307
XIII. Apunte curricular de J.L. Cebrián ..	311
Índice de nombres y citas	315

"A la memoria de Andrés Fraguas, de 19 años, ordenanza del diario El País, asesinado el 30 de octubre de 1978 tras la explosión de una carta-bomba de la extrema derecha dirigida a la Redacción del diario que hirió gravemente a José Sampedro, jefe administrativo. En recuerdo de Juanxu Rodríguez, fotógrafo, colaborador de El País, muerto a tiros por soldados estadounidenses durante la invasión de Panamá, el 22 de diciembre de 1989. En ninguna de ambas fechas el periódico dejó de publicarse".

Papel envuelve roca
Semblanza en claroscuro de Juan Luis Cebrián
Por Rafael Fraguas

PROEMIO

Este manuscrito fue redactado hace dos décadas. La idea inicial fue la de publicarlo inmediatamente después de su hechura. Pero no ha sido así: una desaforada contienda político-periodística desatada, justo entonces, entre los titulares de dos importantes medios de Prensa escrita, Pedro J. Ramírez y Juan Luis Cebrián, con Luis María Ansón en una segunda línea de ataque, convirtió su contenido en materia presumiblemente muy inflamable. Tanto, que podría haber sido utilizada de forma descontextualizada de su incardinación real; de haber sido arteramente alterada por una atmósfera de confrontación electrizada entonces en extremo, podría haber cobrado a la sazón un alcance distorsionador y agresivo, indeseado por el autor.

Hoy, éste cree que tal riesgo ha desaparecido y la salida a la luz del libro escrito entonces no puede ser empleada ya como arma arrojadiza. Al menos con el mordiente que en aquellas fechas pudo haber adqui-

rido. Porque el propósito de este libro no fue, ni es, el de atacar a nadie, ni encender disputas de tipo alguno, ni ajustar cuentas de ninguna clase, sino más bien el de dar fe de una época en el Periodismo en España en la cual, ninguna fuerza económica, política, financiera o de otra naturaleza fue entonces capaz de cercenar el entusiasmo de una generación de periodistas deseosa de informar sobre el acceso de España a la democracia, tras cuatro décadas de dictadura franquista liberticida. De igual modo se propone devolver a la sociedad un contingente de informaciones significativas que tiene derecho a conocer para poder averiguar cómo fueron los bastidores no visibles sobre los que se aquel proceso informativo se desplegó.

La elección de Juan Luis Cebrián como personaje central de una parte sustancial del relato obedece a que su figura y posición –muy desconocidas entonces y aún hoy– adquirieron la entidad de una metáfora significativa, que no la única existente, de aquel vigoroso intento, por cuanto que todos los problemas y todas las soluciones concernientes a la Prensa cruzaron entonces a través de él. Y ello, entre otras razones, por la entidad que cobraría el diario *El País* en el panorama sociopolítico de la época en que nació y se desarrolló, etapa que coincide con los albores de

la democratización en España y con la dirección del diario por parte de Cebrián (1976-1988), plazo éste que compone el estricto segmento histórico sobre el que versa el relato.

La complejidad de las situaciones vividas, las vivencias que suscitaron y la atmósfera en la que se desarrollaron, requerían de un narrador que las hubiese observado de cerca. Es el caso del autor que, sin haber desempeñado nunca cargos jerárquicos en el diario, ni haber pertenecido al *inner circle* de su director, ni a la intimidad de sus amistades, gozaba como redactor y enviado especial de *El País* –entonces durante veinte años–, de un puesto de observación óptimo, por cercanía cotidiana, para la tarea que se propuso: narrar cuanto hecho o proceso significativo allí acontecía e interpretar su alcance profesional y político, que en el caso del Periodismo equivalía, asimismo, al alcance social de aquel trepidante proceso experimentado por y observado desde, la Prensa escrita.

Han pasado dos décadas más. Las situaciones y las gentes, también las incluidas en este relato, han cambiado sustancialmente desde entonces. Sin embargo, algunos de los rasgos que las caracterizaron han permanecido en la escena de manera directa o indirecta y su constatación por escrito los con-

vierte, en ocasiones, en elementos muy útiles para comprender buena parte de cuanto ahora sucede. La Transición política operada en España a la salida de la larga tiniebla moral, social y política de la dictadura, en un laborioso proceso colectivo que hoy se ve cuestionado –con mayor o menor justicia y oportunidad–, resulta no comprensible del todo sin tener en cuenta cómo se asistió al decurso de su rumbo puertas adentro de algunos enclaves de observación tan singulares como los medios informativos, señaladamente los periódicos, y, entre estos, remarcablemente *El País*.

Cuando el editor Jesús Polanco, que regiría la empresa editora del diario, en el verano de 1984, tras una de las primeras entrevistas que concedió se avino a ser entrevistado en Radio Nacional por el autor, en conversación posterior con éste, puso de relieve que, en un mundo tan complejo como el que vivimos, más que en el propio saber, la importancia de una decisión reside en saber quién sabe. Desde un principio, Polanco sí supo quién sabía de Periodismo en España y apostó por Juan Luis Cebrián para dirigir el diario naciente, al que luego llevaría consigo a la directiva del Grupo Prisa. De esta otra etapa este libro no versa, habida cuenta de que desapareció la proximidad física y profesional, hasta entonces exis-

tente, que le permitía una observación siquiera cercana de su nuevo cometido. Además, a las funciones estrictamente periodísticas anteriores, Cebrián incorporó otras de muy distinta naturaleza, conocidas por el autor tan solo por algunos de sus efectos, pero no en sus causas, por lo cual no le cabría más que escribir, salvo un epílogo obligado, un libro distinto tras una densa y previa etapa de información.

Por último, la metodología empleada para escribir este libro se ha basado en la lectura de textos, libros, periódicos, proyecciones concernientes a la época tratada y en entrevistas personales: con el titular de la semblanza, con algunos de sus colaboradores, amigos y no tanto, además de con periodistas de medios donde él trabajó y algunas personalidades. No todos ellos quisieron dar entonces sus nombres, por lo cual es preceptivo respetar sus deseos, principio a observar siempre y cuando no se utilice la discreción para verter una ofensa que, por otra parte, no tendría cabida en este relato. Agradezco pues todos los testimonios que me han sido brindados, de cuya mixtura y enunciado soy el único responsable, a los que he añadido una interpretación propia fundamentada en algunos principios ideológicos, de corte analítico marxista y progresista, que han orientado y orientan mi compromiso con el tiempo que he vivido.

Quiero con este libro culminar cuarenta años de trayectoria profesional periodística durante los cuales he trabajado, desde *El País*, no para una empresa determinada, sino para los lectores y lectoras, en los que reside la verdadera soberanía ciudadana hacia la que he intentado siempre versar mi trabajo.

Cuatro décadas y media de *El País*

Mi balance previo sobre los 40 años de *El País* no pretende abarcar la explicación completa de un proceso complejo y enjundioso tan intenso y dilatado como el de la trayectoria de este diario, nacido en unas circunstancias históricas muy singulares. Fueron, estas, determinantes decisivas del auge inicial y del eco encontrado por un simple periódico que se autodenominaba a sí mismo “diario independiente de la mañana”.

Su origen coincide en el tiempo con dos importantes impulsos: la lucha de masas en la calle desplegada por la sed de transformaciones democráticas en el combate contra la dictadura franquista, transformaciones exigidas por la clase obrera organizada, el movimiento sindical clandestino, el movimiento estudiantil e incipientes vectores ciudadanos, vecinales, de profesionales, de mujeres, de impronta comunista y en menor medida socialista y libertaria, de un lado; y, del otro, el anhelo de un sector ilustrado de la burguesía, no abierta ni radicalmente antifranquista pero deseoso de transformaciones institucionales en clave democrática.

Estos dos componentes, pese a mantener intereses sociales y económicos antagónicos, coinciden

básicamente entonces, 1975, en la necesidad de una democratización política de las instituciones y de una salida del franquismo en clave de libertades. Un hijo del pensador José Ortega y Gasset, José Ortega Spottorno (1916-2002), heredero del regeneracionismo y del librepensamiento de la Institución Libre de Enseñanza, personaliza a este sector de la burguesía; él tiene capacidad para articular y organizar una colecta entre la élite intelectual con la que obtener fondos para montar un diario que satisfaga los anhelos compartidos por obtener las libertades democráticas arrebatadas a la sociedad española por Franco. En esta colecta jugó un papel destacado Ramón Tammes, a la sazón, miembro del Comité Ejecutivo del PCE, con influencias en medios del capital industrial y financiero de la burguesía española.

La idea generatriz del diario, tras abrirse paso con dificultad, encuentra *luz verde* en Manuel Fraga, ex-ministro de Franco, que ansía ponerse al frente del proyecto como mentor, presumiblemente para prestigiarse como delfín del régimen en un escenario distinto. Fraga que, por ciertas sintonías con el librepensamiento, coadyuva al proyecto, facilita su inserción legal y su registro y propone a Carlos Mendo, hombre de su confianza, como futuro director. Posteriormente, movimientos dentro del sector accionarial

desplazarán a Mendo como candidato y tras barajarse el nombre del escritor Miguel Delibes, que declina, cooptará a Juan Luis Cebrián, periodista joven de prestigio, que ha ejercido como tal desde puestos de responsabilidad en diarios como *Pueblo*, órgano de los sindicatos verticales, e *Informaciones*, vinculado al Banco de Santander o en los Servicios Informativos de la Televisión pública en una fase –pretendidamente aperturista– de los estertores del franquismo.

Seis meses después de la muerte de Franco sale a la calle *El País*, el 4 de mayo de 1976. Tras algunas dificultades técnicas –la rotativa Harris Marinoni con la que se dotó iba inicialmente destinada al periódico argelino *Al Mujaid*, pero la gestión de un destacado intelectual comunista, el filósofo Carlos Gurméndez, permitió dejar la máquina en Madrid– el diario comenzó su andadura. Recibía la herencia de otros intentos liberalizadores de la Prensa, como los acometidos con éxito por medios como la revistas *Triunfo* y *Cambio 16* y el diario *Madrid*, entre otros, así como un logo excelente, una eficaz confección sobria, una propuesta fotográfica netamente informativa –no ilustrativa–, y un contenido informativo profesional y objetivo, ejercido en su Redacción por algunos de los mejores periodistas de la época. Y todo ello, gracias a la inestimable colaboración de generosas fuentes informativas, que

contribuyeron a que *El País* fuera salutado por amplias capas de la población, desde la élite burguesa a los sectores obreros, femeninos y estudiantiles, que comenzaron a considerarlo como símbolo compartido y expresión propia particularizada de unas y otras.

La falta en España de instituciones civiles democráticas en el inmediato posfranquismo, convirtió a *El País* en un referente simbólico encarnado en la Transición hacia la democracia, otorgándole un crédito superior al propiamente correspondiente a un mero periódico. El público mostró una enorme benevolencia hacia el nuevo medio, sobre el cual vertió reiteradas proyecciones de adhesión, pese a que los primeros pasos del diario fueron, en lo técnico y lo profesional, manifiestamente mejorables.

Dadas las peculiaridades sociales y políticas de la salida del franquismo, entre las más importantes la debilidad del poder civil y la endeblez del bastidor institucional del Estado democrático naciente, el diario, dotado de una pulsión expansiva, creyó verse investido de una vocación estatal que asumió velozmente, vocación que iba mucho más lejos de las vicisitudes de coyunturales apoyos gubernamentales.

A consumir tal propósito le ayudaría poco después de manera decisiva el desmantelamiento de la llamada Prensa del Movimiento, en el cual se empe-

ñó a fondo la dirección del diario, que dejó a *El País* el campo libre para situarse en el centro del juego institucional, sin rival aparente. En la nueva situación democrática, el diario *ABC* venía simbólicamente lastrado por sus sintonías con el franquismo y solo *La Vanguardia* podía hacerle cierta sombra, si bien ceñida a Catalunya, de donde el periódico del conde de Godó nunca quiso abiertamente salir.

La capacidad de informar sobre la realidad acaecida, así como la de interpretar canónicamente –en clave estatal–, la realidad político-económica-social-cultural española, granjeó a *El País*, por el valor de uso de sus contenidos informativos profesionales y por el valor de cambio de su ascendiente editorial, una posición única en el Estado naciente, o mejor, en el bloque de poder cuya hegemonía quedó perfilada por la Constitución de 1978. Y ello habida cuenta, también, de la ausencia de instancias de legitimación meritocrática capaces de sancionar la nueva situación política.

De esta manera, *El País* se arrogó o le fue asignada la tarea de legitimar los aspectos meritocráticos que toda democracia precisa poner en juego para sancionar su propio despliegue. La expendeduría de certificados de democraticidad –ni entre la dirección ni entre buena parte de los cuadros medios del diario existían currículos netamente antifranquistas, con-

siderados por muchos como la verdadera prueba de democracia— quedó asignada al diario. Desde el punto de vista empresarial, además, el diario cosechaba grandes éxitos relacionados con su crédito: la creciente contratación publicitaria, el aumento de las tiradas, el auge de las ventas, el impacto mediático y la proyección internacional, hasta convertirlo en el diario en español de referencia. Y ello por verse dotado de una buena gestión profesional, comercial y técnica, aquilatadas por una incesante lucha sindical —Comisiones Obreras llegó a tener hasta 130 miembros— orientada a conseguir para sus trabajadores y trabajadoras niveles salariales dignos y condiciones laborales correctas, sin que la intensidad de la lucha haya descendido notablemente desde entonces hasta nuestros días, eso sí, con mejores o peores aciertos en función de la actitud de la dirección respecto a las reivindicaciones laborales y profesionales.

A este esfuerzo sindical del Taller y de la Administración-Publicidad se unió el netamente profesional de la Redacción que, tras plantearse la constitución de una Sociedad de Redactores —que no logró abrirse paso—, consiguió pactar un Comité Profesional y un Estatuto de la Redacción con algunas cláusulas de control de los contenidos editoriales y otras, meramente consultivas, sobre los nombramientos de directivos/

directivas. La dirección del diario insistió siempre en distinguir la esfera sindical de la profesional con el presumible fin de impedir o truncar cualquier tipo de alianza entre unos y otros, meta que en pocas ocasiones durante la primera época del diario consiguió.

Tras librarse en el seno del Consejo de Administración una lucha por el control accionario asentada en reticencias ideológicas de un sector importante del accionariado, que observaba con preocupación algunos muy leves escoramientos de la línea editorial hacia el centro izquierda, la hegemonía accionaria fue a parar a Jesús de Polanco, empresario procedente del mundo editorial, que fortificó la posición de Juan Luis Cebrián en la dirección y situó a Javier Pradera, exoficial de la Fuerza Aérea e intelectual excomunista, al frente del quehacer propiamente editorial del diario.

La vocación estatal asumida por el diario, y su ejercicio –que considero la verdadera clave del histórico peso específico de *El País*–, así como su valiente defensa de la legalidad democrática ante el golpe del 23 F de 1981, le han granjeado durante al menos tres décadas un ascendiente incuestionado sobre la sociedad, la política y la economía españolas como institución civil democrática por excelencia y referencia informativa y editorial obligada. Asimismo, le

ha hecho acreedor de la condición de generador de estilos de vida relacionados con las artes –literatura, música, cine– la indumentaria, y numerosos otros vectores de la vida social, si bien ha sido su proyección política la más relevante.

Este proceso de auge incesante, se prolongó hasta la salida a Bolsa del diario en 2000, producida tiempo después de una profunda reconversión tecnológica iniciada en 1981 que, con el tiempo, alteraría la hechura misma del Periodismo tradicional y desencadenaría buena parte de la crisis de los medios de comunicación, también *in situ*; y ello por la aplicación descontrolada de aquella y sus repercusiones sobre el Periodismo en papel, descontrol combatido ya entonces vivamente desde el ámbito sindical ante el temor a los efectos que a largo plazo implicaría la ingente cantidad de trabajo descualificado cuya asunción descualificaría a los trabajadores que lo asumieran y por la precarización salarial rampante a partir de entonces.

Antes de estos efectos, el propio crecimiento del periódico y la paulatina transformación empresarial en clave multimedia, romperían aquel troquel inicial de auge. El propio éxito contribuiría a deshacer las claves de sus aciertos y, en las actitudes, la información, indagada infatigablemente por los periodistas

en casi todos los ámbitos de la sociedad española y facilitada por numerosas fuentes informativas generalmente altruistas, a grandes rasgos dejó de ser *buscada* desde la Redacción para pasar a ser abrumadoramente *recibida* en la Redacción.

La sociedad española, receptora final de todo el proceso periodístico del medio, dejó de ser objeto informativo y estimativo y el propio diario comenzó a derivar hacia un proceso narcisista cegado por su propio ascendiente que le convirtió en objeto de sí mismo, al igual que ya había sucedido con otros medios con menores condiciones narcisizantes.

De ser una industria extractiva de información el diario pasó a ser una industria elaborativa. Las relaciones intersubjetivas en la Redacción pasaron a ser casi inexistentes, dado el tamaño adquirido, y como elemento vertebrador quedó únicamente el mimbres de la jerarquización. El sentido crítico y autocrítico, explícito en una trayectoria asamblearia de racionalización y de conciencia, siempre inducida sindicalmente, así como cierto grado de intercomunicación entre la Redacción, Talleres, Administración, Publicidad y la dirección, que tan buenos resultados profesionales había granjeado a la estructura y los contenidos del diario en su primera etapa, comenzó a desvanecerse cuando no a desaparecer.

Una nueva y dispersante cultura periodística surgió, en la cual la glorificación de la mancheta del diario, como paraguas generador *per se* de prestigio, desplazando al propio ejercicio profesional como factor decisivo de acreditación, obtuvo la iniciativa periodística hasta extremos muy dañinos. La empatía social mostrada desde sus inicios por *El País* comenzó a divorciarse de la sociedad, instalándose buena parte de sus directivos en una altanería arrogante y letal, que generó numerosas enemistades gratuitas, desafecciones e inquinas a restar a la cada vez más consistente competencia profesional desde otros medios, muchos de ellos nutridos por profesionales procedentes del propio diario o bien adscritos a otros, no obstante beneficiarios por mimesis de su experiencia.

Las pulsiones expansivas del Grupo Prisa, en los avatares de un mercado nuevo y promisorio, lo adentraron en el mundo multimedia, señaladamente de la televisión, donde los costes de producción son elevadísimos. Una política, que se demostró errónea, quiso asegurarse un monopolio de los estrenos imposible de asegurar por parte de las grandes distribuidoras cinematográficas, llamadas *majors*, que vendieron a precio de oro algunas de sus reducidas mejores cintas, envueltas en muchas otras sin valor, agrupadas en paquetes sobrepreciados. Otros concurrentes rompieron aque-

llas pulsiones monopolistas. El quebranto económico-financiero resultó ser descomunal. Igualmente, los cálculos erróneos sobre las supuestas audiencias de los partidos de fútbol televisados depararían efectos ruinosos.

Así pues, la ilusión de extender el alcance estatal del diario *El País* al grupo Prisa dotó a este grupo de impulso monopolístico hacia el audiovisual que resultó ser una quimera inalcanzable. A su impedimento contribuyó no solo la reconfiguración del capital financiero en el escenario audiovisual, acompañado en un reacomodo en el bloque de poder político hegemónico, sino también la inquina de numerosos sujetos y corporaciones, políticas y empresariales, bien malquistados con el ejercicio de la crítica económica o empresarial desde *El País*, en su primera época de ejercicio crítico de la información y la opinión contra el capital subvencionado por el viejo régimen, bien recelosos del enorme despliegue e influencia alcanzados hasta entonces por el diario.

La salida a la arena empresarial de Juan Luis Cebrían, terreno que en su origen no dominaba, sirvió a sus enemigos para tenderle distintas celadas de las cuales salió, por su astucia, a veces indemne; mas otras hicieron sangre en la línea de flotación del grupo, desangrado con experiencias lesivas –como mos-

traron algunos episodios relacionados con el *Canal Plus*, *CNN Plus* en abierto y otras, orientadas a fidelizar a sus usuarios-, generadoras de elevadísimos costes. La venta de importantes activos del grupo para mitigar las deudas, con el consiguiente saldo en hirientes ERES y otras medidas de enorme alcance laboral-profesional, ha quebrantado la integridad grupal hasta extremos en ocasiones inquietantes. La gestión de la deuda, según esgrime la dirección del grupo, ha registrado, aparentemente, algunos éxitos en cuanto a la ganancia de tiempo de refinanciación.

Poco a poco hasta nuestros días, la política informativa del diario –explícita en su línea editorial– llegó a traspasar en ocasiones sus límites racionales para irse solapando con la información política, confusión que, por sus implicaciones éticas y profesionales, marcó una muy peligrosa deriva hacia la pérdida del crédito en objetividad e imparcialidad de un medio informativo, por extensión, de cualquier medio adscrito a una democracia, de cuyo sostén imprescindible forman parte mediante la garantía del derecho de la sociedad a la información y el ejercicio de la libertad de expresión.

El grado de independencia adquirido por el diario en sus orígenes ha sido cuestionado desde numerosos ámbitos sociales y políticos que consideran

aquél no parangonable al vinculado a situaciones recientes, donde primaron criterios bien distintos a los definidos en los principios fundacionales de *El País*. Y ello en medio de situaciones políticas de extraordinaria complejidad donde el diario, en línea con el grupo empresarial donde se inserta, a ojos de estos importantes sectores sociales y también profesionales, pareció haber abandonado su prioritaria misión de contrapoder democrático abierto a la pluralidad, para erigirse, presuntamente, en poder parapolítico, preocupado preferentemente en dar expresión a los intereses del capital accionario –que erróneamente asocia a los intereses estatales de España–, por encima de los intereses sociales para cuya satisfacción informativa nació en 1976.

La proyección interna e internacional adquirida por el diario *El País* y el Grupo Prisa, como emblemas institucionales del Periodismo y de la Cultura en España, se resintió al revelarse las anómalas prácticas económico-financieras del titular de la Corona, Juan Carlos de Borbón, a partir de su accidente sufrido el 13 de abril de 2017 en una cacería de elefantes en Botsuana. Y ello porque, al igual que otras instituciones estatales, habían aceptado como un axioma la inviolabilidad que la Constitución de 1978 otorgaba al titular de la jefatura del Estado, que implicaba, si no un silenciamiento, sí un no

mirar con atención qué prácticas anómalas habían sido aquellas, actitud pasiva compartida por otros vectores de la élite político-económica del país.

Ello puso de manifiesto, abruptamente, una evidencia hasta entonces durmiente, integrada en su día por los padres de la Constitución en el supremo texto: los presumibles efectos derivados del carácter hereditario de la Jefatura del Estado, asociada indisolublemente a la jefatura de las Fuerzas Armadas, legado que se prolongaba ininterrumpidamente desde el 1 de octubre de 1936, cuando Franco, con artimañas, se hizo con el poder estatal aupado a él ilegalmente por el generalato golpista alzado en armas contra la República. A tal legado de inviolabilidad hereditaria, la Constitución de 1978 añadía, además, entre los atributos del Jefe del Estado, la garantía del orden constitucional. El argumento justificador de aquel silenciamiento de la conducta del Rey por parte de la Prensa, esgrimido al respecto por Juan Luis Cebrián, esquivó la supuesta defensa cómplice de un monarca transgresor con un alegato verbal en la cadena de televisión Sexta en favor de la defensa no de la persona, sino de la monarquía parlamentaria como institución garante de la democracia. Es decir, una reiterada apuesta por la institucionalidad estatal del Periodismo, encarnada por *El País* y el Grupo Prisa.